

MEMORIA TRASHUMANTE

(Noticia publicada en el periódico “El Tapín” de Llanera, Asturias; nº 59, julio - 2006)

Alfredo Rodríguez Iglesias

Luis Álvarez (Tabladiello, 1921) y su hermano Manolo Álvarez (Tabladiello, 1927), son dos de los últimos representantes de un modo de vida trashumante que que quedan en un concejo en el que fueron muchas las casas que todas las primaveras salían en dirección a Torrestío donde se permanecía hasta el mes de octubre o noviembre.

Pruvia, Lugo y Villardeveyo eran las parroquias fundamentales en la procedencia de estos vaqueiros representantes de un modo de vida residual, porque todavía quedan ganaderos que suben sus ganados hasta los pastos de alta montaña, y que Luis y Manolo siguen repitiendo con un grupo de amigos que forman parte de la Peña La Trashumancia que ya lleva 21 años haciendo el antiguo camino de los vaqueiros.

Los padres de estos dos hermanos, Celestino Álvarez Puente y Adela Álvarez Álvarez, él de Torrestío y ella de Tabladiello, son un claro ejemplo de los muchos matrimonios que se gestaban durante los largos meses de estancia en las brañas, y con casería en los dos sitios de origen.

Inicios tempranos

Cuando se les pregunta por el momento en el que empezaron la trashumancia, tanto Luis como Manolo, dicen que desde el nacimiento, y es que los traslados solían implicar a la mayoría de la familia, aunque en ocasiones algún miembro se quedaba en la casería para cuidarla mientras el resto estaba en las brañas.

En este caso, llevaban entre 10 ó 12 vacas, tanto propias como de un tío suyo, formando un

rebaño que tenía que ser variopinto, ya que se mezclaban ejemplares de vaca roxa, ratinas y algo de parda alpina. Otras familias como Quinta Herrero y Jesús Bobes, conocido como Jesús “de la Porreta”, de Latores, llevaban ganado de leche.

El viaje duraba entre dos y tres días, dependiendo de que se llevaran terneros o no, y se salía muy temprano, un día de finales del mes de mayo, para dirigirse desde Tabladiello a Mundín, bajar por Caraviés a Posada, de ahí a San Cucao, El Escamplero, Trubia, Teverga, Páramo, la braña de Navariegues donde está el límite provincial con León, y de ahí bajar a Torrestío. En total unos 80 kilómetros, que había que desandar a finales de octubre, aunque algunos vecinos esperaban hasta noviembre para regresar a casa.

Vida modesta

Cuando llegaban a la meta, allí les estaba esperando la cuadra y una casa con llar y paredes de piedra y barro, y tejado de teja, en unos años en los que todavía había viviendas con techo de escoba o de paja de trigo. Además del ganado, se cultivaba trigo, patatas, centeno, lentejas o arbejos, los cuales eran muy apreciados y cuando bajaban para regresar a Tabladiello, eran muchas las ofertas de compra que recibían por la calidad de los mismos.

Dos veces al día había que ir a ver el ganado y ordeñarlo, para obtener una leche que luego se convertía en queso, o se llevaba a lecherías cercanas donde “la desnataban en caliente y sacábamos un kilo de manteca por cada 10 de leche, luego el suero se echaba a los cerdos, de los que siempre había 1 ó 2 para hacer el San Martín”.

Los lobos eran una presencia habitual por la zona, y en ocasiones “bajaban los potros con mordiscos en los cuartos traseros, y la estrategia era tener un caballo bravo por cada cierto número de yeguas, y él se encargaba de protegerlas”, y Manolo pudo ver en alguna ocasión como “las yeguas hacían

un círculo con los potros dentro, y defenderse de los lobos con las manos”.

En la braña del Refuexu, donde predominaba el bosque de hayas, era un lugar de tránsito de los osos, y nuestros protagonistas escucharon alguna vez la historia de un tal Patenas, vecino de Genestosa (León), quien se peleaba con los osos y aprovechaba cuando se levantaban de pie para clavarles un cuchillo y matarlo.

Tanto Luis como Manolo coinciden en calificar de “buenas” las relaciones que se mantenían con los lugareños, a los que daban el nombre de “invernizos”, porque pasaban el invierno en las brañas, y “cuando llegábamos nos invitaban a comer y nos llevábamos bien todos”, lo que no impedía que se dedicaran cantares a los vecinos de Genestosa como el que decía: “Genestosa la raposa / la de los cuernos agudos / cuando tocan la campana / a misa van los cornudos.”

Las fiestas eran momentos importantes de reunión, y a festejos como el que se hacía en honor del Sacramento el 17 de agosto, acudían vecinos de los dos lados de la frontera. San Juan en Genestosa y San Pedro en Torrebarrio, eran las otras dos fiestas renombradas, y “en el bar de Casa Gerardo de Torrebarrio nos invitaban a cenar a todos los de Torrestío”.

Conde de La Oliva

Desde la Meseta castellana y desde Extremadura llegaban incontables rebaños de ovejas a los pastos de altura, muchos de los cuales pertenecían al conde extremeño de La Oliva, a quien se le alquilaban los pastos, y con el dinero resultante, se reparaban caminos o se pagaban los servicios del médico, y, más tarde, Ramiro de Bobes, construyó la fábrica de luz “y su cuñado que era electricista hizo la dinamo”. Esa primera luz artificial resultó bastante escasa “porque las bombillas casi no daban luz”, y se logró aprovechando el salto de agua de La Foz.

Con la llegada de los pastores de ovejas, se empezaban a preparar las calderetas, un guiso absolutamente proteico y capaz de hacer las delicias de cualquiera. “Nosotros hacíamos los chozos de tapinos para vivir el pastor, y ellos mataban algún cordero y Felipe “el Caseru” hacía la caldereta, y Juacu Tilano todavía hace la caldereta antigua y es el único que queda en toda Babia.

De vuelta a la braña

Familiares y amigos se reúnen una vez al año para hacer a pie el mismo camino que se hacía antaño. Son los miembros de la Peña La Trashumancia, que el año pasado cumplieron 20 años, y que en la marcha de este 2006 reunieron en torno a 30 entusiastas, que no dudan en ponerse en marcha con las primeras luces del amanecer para hacer 80 kilómetros de recorrido, con paradas obligatorias en el puente de Trubia para desayunar, en Proaza para comer, y cenar y dormir en Teverga, nuevo desayuno en Casa Manolo ya en Páramo y, de ahí, parada final en Torrestío. Todo para mantener vivo un viejo espíritu que se niega a desaparecer en medio de la modernidad que, en ocasiones, tiende a terminar con todo.



Trashumantes en la braña
(Foto: Periódico “El Tapín”, nº 59, julio – 2006)